

Beatrix Potter

El Sastre de
Gloucester



E LEJANDRIA

Beatrix Potter

El Sastre de
Gloucester



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL SASTRE DE GLOUCESTER

BEATRIX POTTER

PUBLICADO: 1903

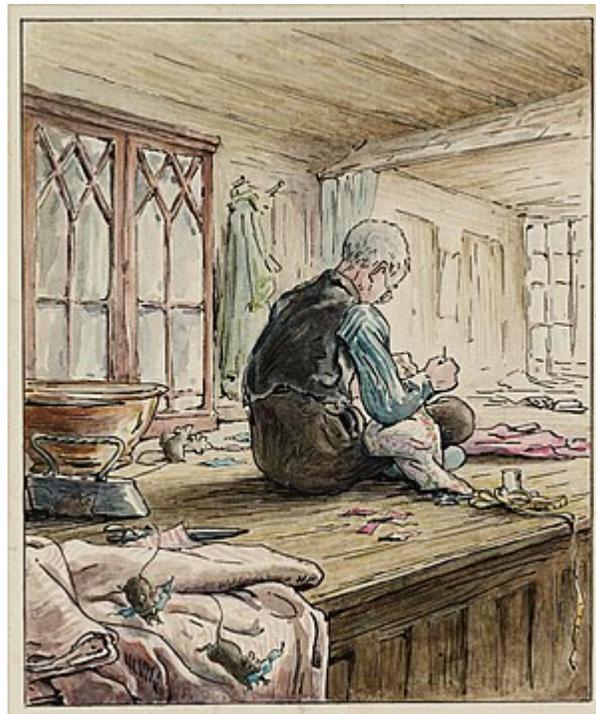
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: F. WARNE AND Co, NEW YORK, 1903

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL SASTRE DE GLOUCESTER

BEATRIX POTTER



En la época de espadas y pelucas, y abrigos de faldones completos con solapas floreadas—cuando los caballeros usaban volantes, y chalecos de paduasoy y tafetán con encaje dorado—vivía un sastre en Gloucester.

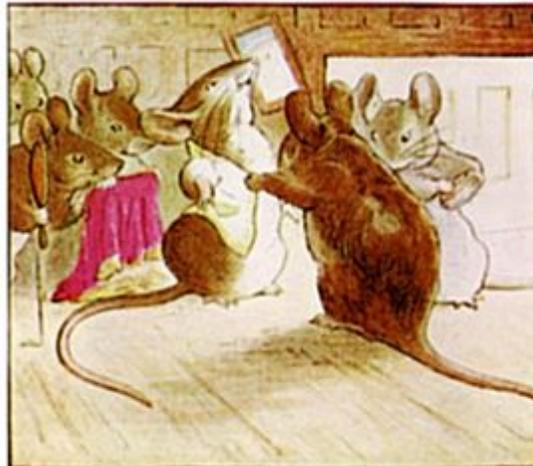
Se sentaba en la ventana de una pequeña tienda en Westgate Street, con las piernas cruzadas sobre una mesa desde la mañana hasta el anochecer.

Todo el día, mientras duraba la luz, cosía y recortaba, uniendo sus satenes, y pompadoures, y cordones; los materiales tenían nombres extraños y eran muy caros en los días del Sastre de Gloucester.

Pero aunque cosía fina seda para sus vecinos, él mismo era muy, muy pobre—un hombrecillo anciano con gafas, con una cara demacrada, dedos viejos y torcidos, y un traje de ropa raída.

Cortaba sus abrigos sin desperdicio; de acuerdo a su tela bordada, eran muy pequeños los retazos y recortes que yacían sobre la mesa —"Demasiado estrechos para nada—excepto chalecos para ratones", decía el sastre.

Un día extremadamente frío cerca de la Navidad, el sastre comenzó a hacer un abrigo (un abrigo de seda acordonada color cereza bordado con pensamientos y rosas) y un chaleco de satén color crema (adornado con gasa y chenilla verde de lana peor) para el Alcalde de Gloucester.





El sastre trabajaba y trabajaba, y hablaba consigo mismo. Medía la seda, la giraba de un lado a otro, y la recortaba dándole forma con sus tijeras; la mesa estaba toda cubierta de recortes color cereza.

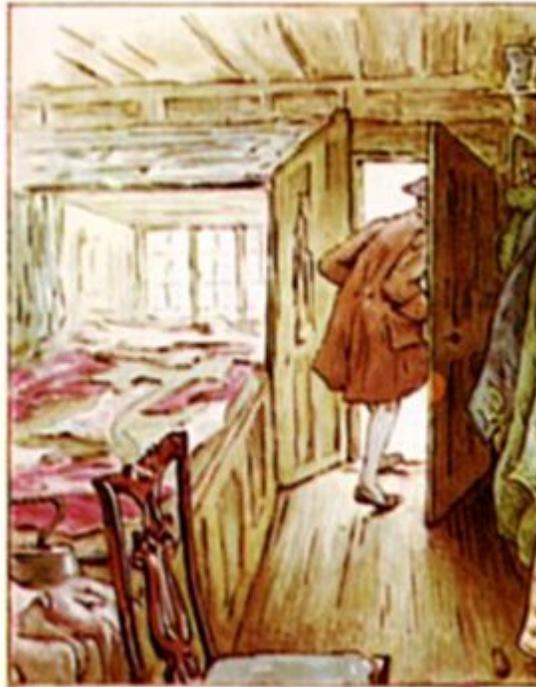
"Sin amplitud alguna, y cortado al sesgo; no tiene amplitud en absoluto; ribetes para ratones y cintas para alborotos. ¡Para ratones!" decía el Sastre de Gloucester.

Cuando los copos de nieve caían contra los pequeños cristales emplomados de la ventana y bloqueaban la luz, el sastre había terminado su trabajo del día; toda la seda y el satén yacían cortados sobre la mesa.

Había doce piezas para el abrigo y cuatro piezas para el chaleco; y había solapas de bolsillos, puños y botones, todo en orden. Para el forro del abrigo había fino tafetán amarillo, y para los ojales del chaleco había torzal color cereza. Y todo estaba listo para coserse juntos por la mañana, todo medido y suficiente—excepto que faltaba justo un solo ovillo de seda torcida color cereza.

El sastre salió de su tienda al oscurecer, pues no dormía allí por las noches; aseguró la ventana y cerró la puerta con llave, y se llevó la

llave consigo. ¡Nadie vivía allí por las noches excepto pequeños ratones marrones, y ellos entraban y salían sin ninguna llave!



Por detrás de los revestimientos de madera de todas las casas antiguas en Gloucester, hay pequeñas escaleras para ratones y

puertas trampa secretas; y los ratones corren de casa en casa a través de esos largos y estrechos pasadizos; pueden recorrer toda la ciudad sin salir a las calles.

Pero el sastre salió de su tienda y se arrastró a casa a través de la nieve; vivía bastante cerca, en College Court, al lado de la puerta de College Green. Y aunque no era una casa grande, el sastre era tan pobre que solo alquilaba la cocina.

Vivía solo con su gato; se llamaba Simpkin.

Ahora, todo el día mientras el sastre estaba fuera trabajando, Simpkin se quedaba solo en casa; y también le gustaban los ratones, aunque no les daba nada para abrigos!

"¿Miau?" dijo el gato cuando el sastre abrió la puerta, "¿miau?"

El sastre respondió: "Simpkin, vamos a hacer nuestra fortuna, pero estoy desgastado hasta convertirme en un jirón. Toma esta moneda (que es nuestro último cuartillo), y, Simpkin, toma una olla de porcelana, compra un panique de pan, un panique de leche y un panique de salchichas. Y oh, Simpkin, con el último panique de nuestro cuartillo compra un panique de seda color cereza. Pero no pierdas el último panique del cuartillo, Simpkin, o estoy arruinado y desgastado hasta convertirme en papel de seda, pues no tengo más hilo."



Entonces Simpkin dijo de nuevo "¡Miau!" y tomó la moneda y la olla, y salió a la oscuridad.

El sastre estaba muy cansado y empezando a enfermar. Se sentó junto al hogar y habló consigo mismo acerca de aquel maravilloso

abrigo.

"Voy a hacer mi fortuna—será cortado al sesgo—el Alcalde de Gloucester se va a casar el Día de Navidad por la mañana, y ha pedido un abrigo y un chaleco bordado—para ser forrado con tafetán amarillo—y el tafetán es suficiente; no queda más en retazos de lo que serviría para hacer ribetes para ratones——"

Entonces el sastre se sobresaltó; pues de repente, interrumpiéndolo, desde la alacena al otro lado de la cocina vinieron una serie de pequeños ruidos—

¡Tip tap, tip tap, tip tap tip!

"¿Ahora qué puede ser eso?" dijo el Sastre de Gloucester, levantándose de su silla. La alacena estaba cubierta de loza y ollas, platos con patrón de sauce, tazas de té y jarros.

El sastre cruzó la cocina y se quedó completamente quieto junto a la alacena, escuchando y mirando a través de sus gafas. De nuevo, de debajo de una taza de té volcada vinieron esos divertidos pequeños ruidos—

¡Tip tap, tip tap, tip tap tip!

"Esto es muy peculiar," dijo el Sastre de Gloucester, y levantó la taza de té que estaba boca abajo.



Salió una pequeña dama ratón viva, e hizo una reverencia al sastre. Luego saltó del mueble y se escurrió bajo el panelado. El sastre se sentó de nuevo junto al fuego, calentando sus pobres manos frías, y murmurando para sí:

"El chaleco está cortado de satén color durazno—puntada tambour y capullos de rosa en hermosa seda floja. ¿Fui sabio al confiar mi último cuartillo a Simpkin? Veintiuna ojales de seda torcida color cereza."

Pero de repente, desde la alacena, vinieron otros pequeños ruidos

—

¡Tip tap, tip tap, tip tap tip!

"¡Esto es sumamente extraordinario!" dijo el Sastre de Gloucester, y volcó otra taza de té que estaba boca abajo.

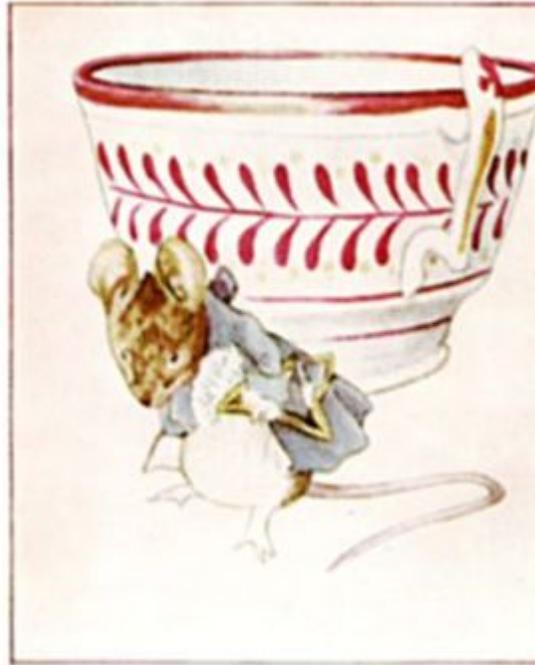
Salió un pequeño caballero ratón, e hizo una reverencia al sastre.

Y entonces, de todo el mueble, vino un coro de pequeños golpeteos, todos sonando juntos y respondiéndose unos a otros, como escarabajos en una vieja contraventana carcomida por gusanos—

¡Tip tap, tip tap, tip tap tip!

Y de debajo de tazas de té y de debajo de tazones y platos, salieron otros ratoncitos más, que saltaron del mueble y se escabulleron bajo el panelado.

El sastre se sentó, cerca del fuego, lamentándose: "¡Veintiún ojales de seda color cereza!"



Para terminar antes del mediodía del sábado: y hoy es martes por la tarde. ¿Fue correcto soltar a esos ratones, indudablemente propiedad de Simpkin? ¡Ay, estoy perdido, pues no tengo más hilo!

Los ratoncitos salieron de nuevo y escucharon al sastre; se fijaron en el patrón de ese maravilloso abrigo. Se susurraron unos a otros sobre el forro de tafetán y sobre pequeños cuellos de ratón.

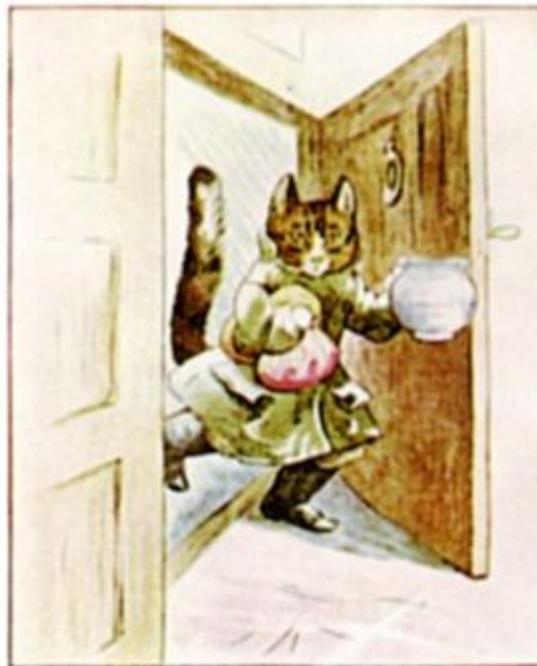
Y entonces, de repente, todos corrieron juntos por el pasaje detrás del panelado, chillando y llamándose unos a otros mientras corrían de casa en casa; y no quedó ni un solo ratón en la cocina del sastre cuando Simpkin regresó con el pipkin de leche.

Simpkin abrió la puerta y entró de un salto, con un "¡G-r-r-miau!" enojado, como un gato que está molesto; pues odiaba la nieve, y tenía nieve en sus orejas y nieve en su collar por la parte de atrás de su cuello. Dejó el pan y las salchichas sobre la alacena, y olfateó.

"Simpkin", dijo el sastre, "¿dónde está mi hilo?"

Pero Simpkin dejó el pipkin de leche sobre la alacena, y miró con sospecha las tazas de té. ¡Quería su cena de ratoncito gordo!

"Simpkin", dijo el sastre, "¿dónde está mi hilo?"





Pero Simpkin escondió un pequeño paquete en secreto en la tetera, y siseó y gruñó al sastre; y si Simpkin hubiera podido hablar, habría preguntado: "¿Dónde está mi Ratón?"

"¡Ay, estoy arruinado!" dijo el Sastre de Gloucester, y se fue tristemente a la cama.

Toda esa noche, Simpkin cazó y buscó por la cocina, asomándose en los armarios y bajo el panelado, y en la tetera donde había escondido ese hilo; pero aún así, ino encontró ni un solo ratón!

Y siempre que el sastre murmuraba y hablaba en sueños, Simpkin decía: "¡Miau-ger-r-w-s-s-ch!" y hacía ruidos extraños y horribles, como hacen los gatos por la noche.

Porque el pobre viejo sastre estaba muy enfermo con fiebre, revolviéndose y girando en su cama de cuatro postes; y aún en sus sueños murmuraba: "¡No más hilo! ino más hilo!"

Todo ese día estuvo enfermo, y el siguiente, y el siguiente; ¿y qué sería del abrigo color cereza? En la tienda del sastre en Westgate Street, la seda bordada y el satén yacían cortados sobre la mesa—

veintiún ojales—¿y quién vendría a coserlos, cuando la ventana estaba enrejada y la puerta bien cerrada?

Pero eso no impide a los pequeños ratones marrones; icorren de un lado a otro sin ninguna llave por todas las casas antiguas de Gloucester!



En el exterior, la gente del mercado caminaba penosamente a través de la nieve para comprar sus gansos y pavos, y para hornear sus pasteles de Navidad; pero no habría cena de Navidad para Simpkin y el pobre viejo sastre de Gloucester.

El sastre yacía enfermo durante tres días y noches; y luego fue la víspera de Navidad, y muy tarde en la noche. La luna trepó sobre los techos y chimeneas, y miró hacia abajo por la entrada hacia College Court. No había luces en las ventanas, ni sonido en las casas; toda la ciudad de Gloucester dormía profundamente bajo la nieve.

Y aún Simpkin quería sus ratones, y maullaba mientras se paraba junto a la cama de cuatro postes.

Pero está en la vieja historia que todas las bestias pueden hablar en la noche entre la Víspera de Navidad y la mañana del Día de Navidad (aunque hay muy poca gente que pueda escucharlos, o saber lo que dicen).

Cuando el reloj de la catedral dio las doce, hubo una respuesta—como un eco de los campanazos—y Simpkin lo oyó, y salió por la puerta del sastre, y vagó por la nieve.

Desde todos los tejados y aleros y casas de madera antiguas de Gloucester vinieron miles de voces alegres cantando las viejas rimas navideñas—todas las canciones antiguas que alguna vez escuché, y algunas que no conozco, como las campanas de Whittington.



Primero y más fuerte los gallos gritaron: "¡Señora, levántese y hornee sus pasteles!"

"Oh, dilly, dilly, dilly!" suspiró Simpkin.

Y ahora en un ático había luces y sonidos de baile, y los gatos vinieron desde el otro lado.

"¡Hey, diddle, diddle, el gato y el violín! Todos los gatos en Gloucester—excepto yo," dijo Simpkin.

Bajo los aleros de madera, los estorninos y gorriones cantaban sobre los pasteles de Navidad; los grajos se despertaron en la torre de la Catedral; y aunque era la mitad de la noche, los zorzales y petirrojos cantaban; el aire estaba lleno de pequeñas melodías gorjeantes.

Pero todo era bastante provocador para el pobre Simpkin hambriento.

En particular, estaba molesto con algunas vocecillas agudas detrás de una celosía de madera. Creo que eran murciélagos, porque siempre tienen voces muy pequeñas—especialmente en una helada negra, cuando hablan dormidos, como el Sastre de Gloucester.

Dijeron algo misterioso que sonaba como—

"Buzz, dijo la mosca azul; hum, dijo la abeja;

¡Buzz y hum gritan, y nosotros también!"

y Simpkin se alejó sacudiendo las orejas como si tuviera una abeja en su bonete.

Desde el taller del sastre en Westgate salía un resplandor de luz; y cuando Simpkin se arrastró para asomarse por la ventana, estaba llena de velas.



Había un recorte de tijeras y un chasquido de hilo; y pequeñas voces de ratones cantaban fuerte y alegremente:

"Cuatro y veinte sastres
Fueron a cazar un caracol,
El mejor hombre entre ellos
No se atrevió a tocar su cola;
Ella sacó sus cuernos

Como una pequeña vaca kyloe.

¡Corred, sastres, corred! o ella os tendrá a todos ahora mismo!"

Luego, sin pausa, las pequeñas voces de ratón continuaron:

"Cierne la avena de mi dama,
Muele la harina de mi dama,
Ponlo en una castaña,
Déjalo reposar una hora——"

"¡Miau! ¡Miau!" interrumpió Simpkin, y arañó la puerta. Pero la llave estaba bajo la almohada del sastre; no pudo entrar.

Los pequeños ratones solo se rieron e intentaron otra melodía—

"Tres pequeños ratones se sentaron a hilar,

Pasó la Gatita y se asomó a mirar.

¿Qué hacéis, mis finos hombrecitos?

Haciendo abrigos para caballeros.

¿Puedo entrar y cortar vuestros hilos?

Oh, no, Señorita Gatita, nos cortarías las cabezas!"

"¡Miau! ¡Miau!" gritó Simpkin.

"¡Hey diddle dinketty!" respondieron los pequeños ratones—

"Hey diddle dinketty, poppetty pet!

Los comerciantes de Londres visten de escarlata;

Seda en el cuello, y oro en el dobladillo,

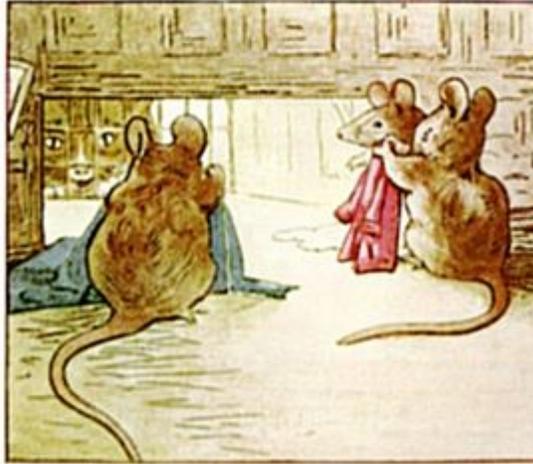
Así marchan alegremente los comerciantes."

Hicieron clic con sus dedales para marcar el tiempo, pero ninguna de las canciones complació a Simpkin; olfateó y maulló en la puerta de la tienda.

"Y entonces compré

Un pipkin y un popkin,
Un slipkin y un slopkin,
Todo por un cuarto de penique——

iy sobre la alacena de la cocina!" añadieron los groseros
ratoncitos.



"¡Miau! irasguño! irasguño!" arañaba Simpkin en el alféizar de la ventana; mientras que los pequeños ratones adentro se pusieron de pie de un salto, y todos comenzaron a gritar al unísono con voces agudas: "¡No más hilo! ¡No más hilo!" Y cerraron las contraventanas y dejaron fuera a Simpkin.

Pero aún a través de las rendijas de las contraventanas podía oír el clic de los dedos, y las pequeñas voces de los ratones cantando:

"¡No más hilo! ¡No más hilo!"

Simpkin se alejó de la tienda y se fue a casa reflexionando en su mente. Encontró al pobre viejo sastre sin fiebre, durmiendo pacíficamente.

Luego Simpkin avanzó de puntillas y sacó un pequeño paquete de seda del tetera; y lo miró a la luz de la luna; y se sintió bastante avergonzado de su maldad en comparación con esos buenos pequeños ratones!

Cuando el sastre despertó por la mañana, lo primero que vio, sobre la colcha de retazos, fue un ovillo de seda torcida de color cereza, y junto a su cama estaba el arrepentido Simpkin.





"¡Ay, estoy desgastado hasta convertirme en un jirón!" dijo el sastre de Gloucester, "¡pero tengo mi hilo!"

El sol brillaba sobre la nieve cuando el sastre se levantó y se vistió, y salió a la calle con Simpkin corriendo delante de él.

Los estorninos silbaban en las chimeneas, y los zorzales y petirrojos cantaban—pero cantaban sus propios pequeños ruidos, no las palabras que habían cantado en la noche.

"¡Ay!" dijo el sastre, "tengo mi hilo; pero no más fuerza—ni tiempo—que servirá para hacerme un solo ojal; ¡pues hoy es el Día de Navidad por la mañana! El Alcalde de Gloucester se casará al mediodía —¿y dónde está su abrigo color cereza?"

Desbloqueó la puerta de la pequeña tienda en Westgate Street, y Simpkin entró corriendo, como un gato que espera algo.

¡Pero no había nadie allí! Ni siquiera un pequeño ratón marrón.

Las tablas estaban barridas y limpias; los pequeños extremos de hilo y los recortes de seda estaban todos ordenados y desaparecidos del suelo.

Pero sobre la mesa—¡oh alegría! el sastre dio un grito—ahí, donde había dejado simples recortes de seda, yacía el abrigo más hermoso y el chaleco de satén bordado que jamás hubieran sido usados por un Alcalde de Gloucester.



Había rosas y pensamientos sobre los revestimientos del abrigo; y el chaleco estaba trabajado con amapolas y acianos.

Todo estaba terminado excepto por un solo ojal color cereza, y donde faltaba ese ojal, estaba prendido un pedazo de papel con estas palabras—en letra pequeña—

NO MÁS HILO.

Y desde entonces comenzó la suerte del Sastre de Gloucester; se volvió bastante robusto, y se volvió bastante rico.

Hizo los chalecos más maravillosos para todos los ricos comerciantes de Gloucester, y para todos los caballeros distinguidos de los alrededores.



Nunca se vieron tales volantes, o puños y solapas bordados de tal manera. Pero sus ojales fueron el mayor triunfo de todos.

Las puntadas de esos ojales eran tan precisas—tan precisas—que uno se maravilla de cómo pudieron ser hechas por un anciano con

gafas, dedos torcidos y un dedal de sastre.

Las puntadas de esos ojales eran tan pequeñas—tan pequeñas—que parecían como si hubieran sido hechas por pequeños ratones.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [El sastre de Gloucester - Beatrix Potter](#)
2. [El sastre de Gloucester](#)
3. [Beatrix Potter](#)
4. [El sastre de Gloucester](#)